

Introducción

Esta obra propone una aproximación al pensamiento filosófico, antropológico y humanístico de madurez del director de la mayor expedición científica española de la Ilustración, Alejandro Malaspina.¹ Malaspina, además de un marino excepcional,² fue un hombre de cultura extraordinaria, labrada en incontables lecturas y viajes. A lo largo de su vida demostró brillantez como militar³ y como erudito humanista,⁴ pero destacó, sobre todo, como director del más lujoso⁵ experimento científico transdisciplinar del Siglo de las Luces.⁶ En este libro me propongo analizar una

1. Cf. Andrew David *et al.* (eds.) (2018); M.^a Dolores Higuera Rodríguez (coord.) (1987).

2. Alejandro Malaspina fue el decimotercer ser humano en circunnavegar el globo al mando de una nave. Lo hizo con anterioridad a su gran expedición político-científica al mando de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, en su viaje a bordo de la fragata *Astrea*. Cf. Bellotti (1995); Manfredi (1987).

3. Cf. Manfredi (1984b).

4. Durante su periodo en prisión, además de su *Meditación filosófica* —cuyo texto revisado se presenta en una nueva edición crítica en la segunda parte de este libro—, el italiano escribió dos obras notables sobre la historia económica española y sobre el *Quijote* de Cervantes. Estas obras no han recibido todavía la atención que, a mi juicio, merecen por parte de los historiadores de la economía y de la crítica literaria. Cf. Malaspina (1990 [1797]); Manfredi y Sáiz (eds.) (2005).

5. Cf. Del Pino Díaz (1987).

6. Para una primera aproximación a la gran expedición científica comandada por el italiano entre 1789 y 1794 remito a la magnífica síntesis de Galera Gómez, Andrés (2010). Quien desee adentrarse con mayor detalle en la biografía de nuestro personaje, encontrará excelentes guías en Dario Manfredi (1994) y Juan Pimentel (1998). Este último autor, en *La física de la monarquía* demostró que Malaspina concibió originalmente la gran expedición científica

faceta mucho menos conocida del ilustrado navegante: la del Malaspina *filósofo*. Mi tesis principal es que, a la luz de sus escritos filosóficos sobre la belleza (un conjunto de textos producidos en España entre 1795 y 1803, reunidos por primera vez en la segunda parte de este libro), Alejandro Malaspina merecería figurar como un pensador relevante en la historia de la filosofía natural y de la teoría estética del periodo. Además, sus escritos estéticos aportan elementos de gran relevancia para entender la historia de la idea de blancura y de las relaciones étnico-raciales en el mundo atlántico hispanoamericano durante el ocaso de la Ilustración, un periodo en el que el concepto de raza pasó a situarse por primera vez en el centro del pensamiento antropológico occidental, abriendo paso al incipiente racismo científico del siglo XIX. Los escritos de Malaspina sobre el significado de *lo bello en la naturaleza* fueron producidos tras el retorno de Malaspina a Europa, donde rápidamente fue arrestado y confinado durante más de seis años en un islote por intentar derrocar con un golpe palaciego al primer ministro de España (Manuel Godoy) y pretender otorgar una cierta autonomía a las colonias de la monarquía española, que a fines del siglo XVIII dominaba el mayor imperio colonial del periodo.

Las difíciles circunstancias políticas y personales en que el italiano se vio envuelto tras su retorno a España —además de imponerle una terrible condena, Godoy prohibió que se mencionara a Malaspina en toda publicación que derivara o emplease datos resultantes de su viaje— impidieron que, durante mucho tiempo, pudiera reconocerse el enorme valor de su legado intelectual y humano.⁷ Sin

alrededor del mundo como un gran experimento, orientado a confirmar sobre el terreno el acierto de sus «axiomas políticos» sobre cómo debía gobernarse el sistema colonial de la monarquía española. Cf. Pimentel (1994: 173-174); Lucena Guiraldo y Pimentel (1991).

7. A pesar de su importancia entre las grandes expediciones científicas ilustradas, el diario del viaje de Malaspina apenas ha sido traducido al ruso y al inglés hasta la fecha. La primera edición apareció publicada en Rusia por entregas, entre 1824 y 1827, en la revista del almirantazgo ruso. Cf. Manfredi (1999). A esta edición siguió, ya a fines del siglo XIX, la primera edición completa del viaje en castellano, realizada por Novo y Colson

embargo, en su momento, la importancia otorgada a la expedición alrededor del mundo dirigida por Malaspina fue enorme y, cuando el italiano y sus expedicionarios regresaron al continente europeo, tras más de cinco años de incansables estudios interdisciplinarios, fueron recibidos con enorme interés por toda la Europa culta. Cuando las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* atracaron en la bahía de Cádiz a fines de 1794, se había creado una enorme expectación popular y España «se vanagloriaba de tener en él a un nuevo Cook».⁸ El 7 de diciembre de aquel año fue recibido con todos los honores por la familia real española y entró en contacto con las máximas instancias de gobierno. En ese contexto —todavía— triunfal, Malaspina resumió los, a su juicio, méritos más destacables de su viaje en una nota escrita de su puño y letra que la *Gaceta de Madrid* publicó el 12 de diciembre de 1794 (y que después reprodujeron otros medios europeos):⁹

Las Corbetas *Atrevida* y *Descubierta*, construidas [...] para este solo fin, partieron desde el puerto de Cádiz el 30 de Julio de 1789, sin otro objeto que el de coadyuvar con las otras Potencias marítimas a los progresos de las ciencias, y particularmente de la navegación; formaron cartas y derroteros de las costas de América e islas adyacentes, comprendidas entre el Río de la Plata y el Cabo de Hornos hasta la América Septentrional, reuniendo bajo un único punto de vista todas las tareas y navegaciones, tanto nacionales como extranjeras, que les precedieron. En la costa noroeste, por 59, 60 y 61 grados de latitud, buscaron sin fruto, y demostraron prácticamente la inexistencia del paso al mar Atlántico [...]. En el 1792 las corbetas examinaron las Islas

(1885). Finalizando el siglo XX, apareció la nueva edición completa del viaje en nueve tomos, coordinada por M.^a Dolores Higuera Rodríguez (coord.) (1987). En 2001 la Hakluyt Society emprendió la publicación completa del viaje en inglés, y en 2018 lanzó su segunda edición: David, Andrew *et al.* (eds.) (2018).

8. Palau Baquero (1989: 22).

9. Esta misma información se transmitió a *La Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel*. Cf. Manfredi (1994: 99).

Marianas, Filipinas y Macao en las costas de China. Navegaron sucesivamente unidas al pasar por la Isla de Mindanao y las de Morinta y costearon Nueva Guinea, reconocieron bajo la línea y hacia oriente 500 leguas de mares no trillados, atravesaron entre Nuevas Hébridas, visitaron Nueva Zelanda por Dusky-Bay, la Nueva Holanda por el cuerpo de Jackson y el archipiélago de los Amigos por las Islas Vavao, no vistas por ningún navegante extranjero que navegaron [*sic*] por estas regiones. El viaje enriqueció copiosa y extraordinariamente la Botánica, la Litología y la Hidrografía. Las experiencias sobre la gravedad de los cuerpos, repetidas en ambos hemisferios y a diversas latitudes, condujeron a importantes averiguaciones sobre la figura no simétrica de la Tierra, asimismo se efectuaron experimentos como fundamento de una nueva medida en Europa, universal, verificable y tan constante como las leyes de que depende. Estudiaron la vida civil y política de los pueblos visitados y la historia de las emigraciones, así como los progresos de su civilización desde el estado de ignorancia primitivo. También se reconocieron nuestros territorios, producciones y tesoros, que darán origen a combinaciones capaces de robustecer la monarquía y todo ello sin que se perdiera ninguna vida humana, pues todas las tribus y pueblos visitados bendecían la memoria de quienes les dieron nociones, instrumentos y semillas útiles.¹⁰

Sin embargo, las expectativas generadas tras el retorno de la gran expedición científico-política de Malaspina se vieron rápidamente frustradas para nuestro protagonista. A los problemas financieros para sufragar el alto coste de la obra, derivados del estallido de la guerra entre la monárquica España y la Francia revolucionaria, hubo que sumar la censura impuesta al plan original de publicación del viaje por el clérigo Manuel Gil, antiguo colaborador de

10. *Gaceta de Madrid*, núm. 99, 12 de diciembre de 1794, pp. 1462-1465. Cursivas añadidas.

la Santa Inquisición,¹¹ designado por Godoy para dirigir el proyecto editorial (y, a la vez, para espiar a Malaspina, quien se había hecho acreedor de las sospechas del primer ministro al proponerle un plan de paz con la Francia revolucionaria).¹²

Durante el año de 1795, mientras Malaspina digería aquellas frustraciones iniciales y ante las dificultades encontradas para publicar los resultados de su gran expedición científica en la forma inicialmente ideada, el italiano decidió publicar en la prensa madrileña una serie de cartas filosóficas, firmadas con diferentes seudónimos, sobre *el significado de la belleza en la naturaleza*, al mismo tiempo que comenzaba a pergeñar, junto con su amiga —y conspiradora irredimible—¹³ la marquesa de Matallana, un plan secreto para derrocar a Godoy. La idea de las cartas enviadas al *Diario de Madrid* surgió a partir de la participación de Malaspina y algunos de los oficiales y pintores de la expedición en una de las tertulias eruditas que proliferaban en la corte de la capital española, organizada por el viejo mentor de Malaspina, el ministro de Marina Antonio Valdés. La *Disputa sobre la belleza* levantada en aquella tertulia —en la que inicialmente se discutió sobre si la idea de belleza dependía de la moda y las costumbres o si, por el contrario, sus atributos estaban fijados por la propia naturaleza— dio origen a treinta y tres cartas, publicadas en la prensa diaria de la capital española. Los

11. Años después, tras ser detenido, acusado de complicidad en los planes sediciosos de Malaspina, Gil preparó una autodefensa en la que, para demostrar que era un hombre totalmente honrado y bueno, reconocía haber trabajado como censor para la Santa Inquisición. Cf. Jiménez de la Espada (1881: XXXIII, p. 428).

12. Cf. Malaspina (1999 [1795]: 211-228).

13. La incontestable proclividad a las intrigas político-cortesanas de la marquesa de Matallana, que se hizo íntima amiga de Malaspina tras la llegada de este a Madrid, ya había provocado, en 1793, la deshonrosa dimisión de su marido, que actuaba como embajador en Nápoles, a causa de las maquinaciones de Fernanda O'Connock contra la reina de Nápoles, que habían tensado las delicadas relaciones entre los reyes de España y los monarcas de las Dos Sicilias. Cf. Ozanam (2018). Después de aquello, e inmediatamente antes de comenzar su amistad con Malaspina, la marquesa de Matallana fue, en secreto, una de las principales promotoras del motín de San Blas, abortado por Godoy en febrero de 1795. Cf. capítulo 3.

oficiales Ciriaco de Ceballos y Fabio Ala Ponzzone y los pintores Juan Ravenet y Fernando Bambrila, además del propio Manuel Gil y de la marquesa de Matallana (las dos únicas personas que fueron detenidas junto con Malaspina, acusadas de colaborar en su frustrado golpe palaciego), también participaron activamente en este —hasta ahora desconocido— debate ilustrado en la prensa madrileña.

Las cartas de Malaspina al *Diario de Madrid* pretendían constituir una especie de «suplemento filosófico»¹⁴ a su expedición. Con ellas, Alejandro se propuso ofrecer a la opinión pública, de forma didáctica, y evitando la censura del clérigo Gil, algunas de las ideas filosóficas y antropológicas que había madurado durante su viaje, vinculándolas a la experiencia de lo bello en el mundo natural. Sin embargo, esa tentativa se vio interrumpida con el arresto del brigadier italiano, acusado de conspiración contra el Estado. La *Disputa sobre la belleza* acabó abruptamente en noviembre de 1795, con la detención de Malaspina por orden de Godoy. No obstante, Malaspina decidió retomar la exposición de sus ideas sobre la belleza en el mundo natural durante los últimos años de su confinamiento en la fortaleza militar del islote de San Antón, en la fría costa atlántica del norte de Galicia. Allí escribió, entre 1797 y 1803, su *Meditación filosófica*, dando continuidad a las reflexiones que había comenzado a publicar en la prensa madrileña durante su breve estancia en la capital del Imperio español.

En su *Meditación filosófica*, Malaspina realizó un verdadero despliegue de erudición —dialogando con autores como Kant, Hume, Locke, Condillac, Rousseau, Diderot, Saint-Pierre, Voltaire, Condorcet, Godwin, Buffon, Lavater, Shaftesbury, Winckelmann, Filangieri, Bonnet, Robinet y muchos otros, modernos y

14. La influencia de Diderot, autor del *Suplemento al viaje de Bougainville* y de las *Investigaciones filosóficas sobre el origen y naturaleza de lo bello* es clara en los escritos estéticos de Malaspina.

clásicos—¹⁵ para ofrecernos su particular mirada interdisciplinar sobre la belleza, que pretendía unificar las ciencias, las artes y las humanidades en un discurso filosófico coherente con la aspiración ilustrada al saber universal. Las reflexiones estéticas de Malaspina sobre la naturaleza se apoyaban en un amplio conocimiento de la tradición estética europea, pero también en una filosofía natural de carácter deísta que, además de recoger la herencia de la teología natural y la físico-teología del periodo, fue fuertemente influida por autores como David Williams, Bernardin de Saint-Pierre o el último Voltaire. Arriesgándose a una nueva condena por parte de la Santa Inquisición, Malaspina defendió en las páginas de su *Meditación* que el orden y la belleza impresos en el universo físico conducían a la adoración del Ser Supremo a través de la *admiración* de la naturaleza, *un camino en el que la razón —y no el dogma— resultaba el guía principal para el verdadero filósofo*.

Fuertemente influido por la idea de la *Scala naturae*, la naturaleza aparece descrita por Malaspina en la *Meditación filosófica* como una serie graduada de variedad infinita, donde las distintas criaturas podían ordenarse siguiendo un orden jerárquico de perfección y belleza que alcanzaba su cima en la especie humana. Para Malaspina, la expresión más perfecta y elevada de la belleza solo podía encontrarse en el rostro humano, entre los pueblos de piel clara que habitaban los climas más templados de la tierra. Su máxima expresión en la historia se había producido en la Grecia clásica. Así, podía establecerse una *jerarquía natural* entre los distintos pueblos o naciones, no solo en términos de la mayor o menor racionalidad y virtud moral de sus costumbres,

15. «El gusto por citar a los clásicos, o la inclinación por construir pequeños versos al modo latino, eran desde luego hábitos muy extendidos en la época. Malaspina lo aprendió en el Clementino, y en verdad que ya nunca abandonará esta costumbre. Lo hará con mayor o menor acierto —según para quién—, dejando constancia de su formación humanista así como de esa no menos humana —y legítima— vanidad que envuelve a las personas orgullosas de su formación intelectual». Pimentel (1994: 48).

o del diferente grado de civilización que reflejaban sus medios de subsistencia, sino también en función de su mayor o menor belleza, entendida como sinónimo de su mayor o menor *blancura*.¹⁶ O, dicho de otra forma, de su mayor o menor proximidad anatómica al ideal estético representado por el *cuerpo canónico griego*.

Además de establecer un inextricable vínculo entre la teoría estética y la antropología y de elevar la *blancura europea* a modelo ideal de la especie humana —etnocentrismo compartido con numerosos intelectuales europeos, en un periodo en que el concepto moderno de *raza* empezaba a emerger en el imaginario científico—, Malaspina articuló sus eurocéntricas ideas estéticas —a las que intentó aportar *justificaciones naturalistas*— con una filosofía de la historia cíclica y antiprogresista, en la que la Grecia clásica aparecía retratada como la verdadera Edad de Oro de la humanidad. Como contrapunto, el tiempo presente —de Robespierre a Napoleón, pasando por Godoy y por Toussaint-Louverture— fue retratado por Malaspina como un escenario sangriento de degeneración y corrupción generalizadas, anticipando muchos de los rasgos «contrailustrados» más característicos del Romanticismo *degeneracionista* del siglo XIX.

Los temas abordados por Alejandro Malaspina en la *Disputa sobre la belleza* y en la *Meditación filosófica* van mucho más allá de la estética. Al hilo de sus reflexiones sobre el significado de lo bello en el universo, y bajo la influencia de la estética kantiana, Malaspina intentó vincular la experiencia de lo bello a la existencia de un orden trascendental en la naturaleza, aproximando así sus reflexiones al campo de la filosofía natural. Para comprender la belleza, al igual que para entender otras manifestaciones físicas de la realidad, era necesario considerar un orden causal-natural trascendente, que no podía ser explicado correctamente a partir de modelos

16. Para una introducción a la idea de blancura (o blanquitud) desde una perspectiva histórica, véase, por ejemplo, Bonnet (2014); Kolchin (2002).

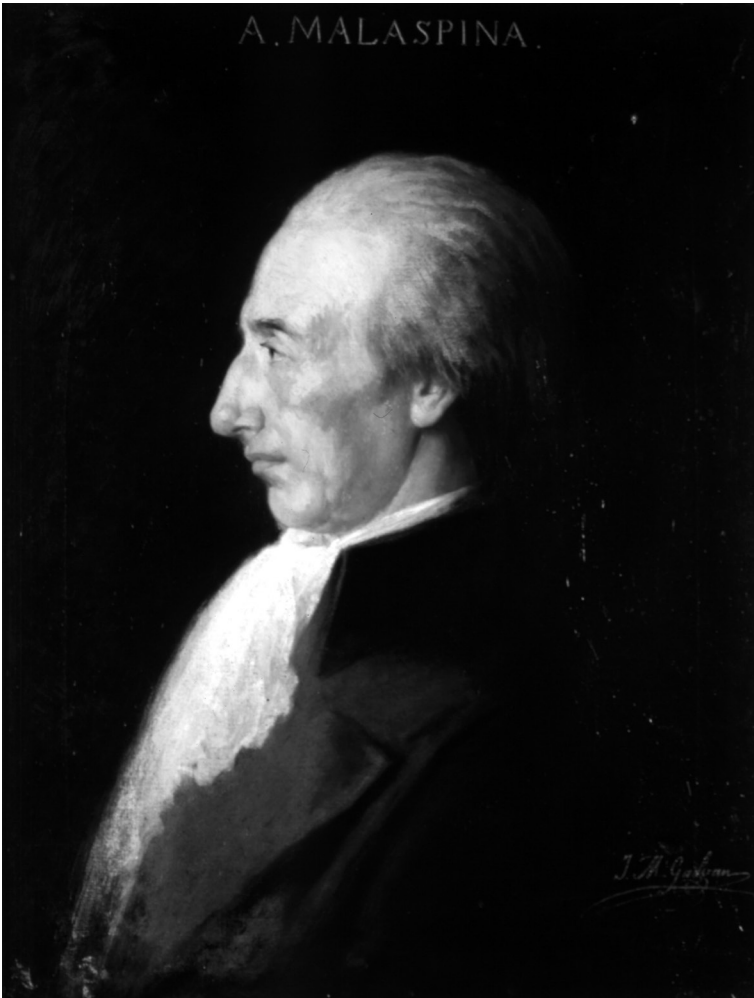
físico-mecanicistas.¹⁷ En última instancia, para el italiano —influido por las tesis providencialistas de la teología natural del periodo— toda la belleza y el orden del mundo natural remitían de forma inevitable a la inteligencia infinita del Autor del Universo:

¿Seremos pues tan ciegos que no descubramos una *inteligencia* y un sistema en la maravillosa composición del universo? ¿Seremos tan estúpidos que no nos mueva a la adoración el pensar en un ser tan sabio y tan infinitamente bueno?¹⁸

Dentro de este marco conceptual, y esforzándose para dar a sus escritos sobre la belleza «el semblante filosófico» que merecía asunto tan profundo, el italiano se apoyó en incontables referencias clásicas y contemporáneas, así como en su privilegiada experiencia personal para exponer los rasgos esenciales de su pensamiento en relación con la naturaleza y al lugar ocupado en ella por el ser humano. Pero el texto de Malaspina, verdaderamente complejo, también sobrepasa las fronteras disciplinares de la filosofía natural y entra en el terreno de la antropología, la filosofía de la historia y la crítica epistemológica a los límites de la razón y a la vanidad de las ciencias... Por las páginas de sus escritos sobre *lo bello en la naturaleza* desfilan asuntos tan variados como el deísmo, el transformismo —hipótesis rechazada por Malaspina—, la existencia de rangos estéticos y morales en el mundo natural, la

17. Sobre la naturalización de la estética en el siglo XVIII, cf. Reiss (1994). Malaspina cita expresamente a Kant en su *Meditación filosófica* [p.d.C.] [12]. *La Crítica del juicio* de Kant, en la que el filósofo alemán vinculaba el análisis del juicio estético y la cuestión de la teleología en el mundo natural, había sido publicada pocos años antes de que Malaspina comenzara a redactar su *Meditación*, en 1790. Sin embargo, por su objeto y estilo, el texto de Malaspina es mucho más cercano al de otra obra anterior de Kant, *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*. Cf. Kant (2007 [1790]; 2004 [1764]). Sobre la teleología en la estética kantiana, cf. Ginsborg (2005); Zammito (2009). Sobre la crítica de Malaspina a la «ideología newtoniana» remito al apartado 6 del capítulo 4 de este libro.

18. *Meditación*, [p.d.C.] [8].



«De aspecto grave y altivo, acentuada fisonomía, alta y despejada frente, boca de trazo firme y labios un tanto abultados, ojos no muy grandes, pero expresivos; y para completar los atractivos de todo género que le encumbraron primero y le perdieron después, su nariz, desarrollada y abundante, era de aquellas que privaban en la corte de María Luisa». Fernández Duro (1902: 53-54).

Imagen: retrato póstumo de Alejandro Malaspina en su madurez.

José María Galván y Candela, c. 1891 (©*Museo Naval*, Madrid).

idealización de la *blancura* como canon estético en nuestra especie, la superioridad de los antiguos (sobre todo, los griegos) frente a los modernos, el rechazo de la idea de un progreso ilimitado de las ciencias y de las sociedades, la defensa de los ciclos históricos o la degeneración de la Europa contemporánea, por citar solo algunos de los temas tratados. La enorme diversidad de los asuntos abordados y el esfuerzo intelectual de Malaspina por exponer sus ideas filosóficas sobre lo bello de forma coherente, amena y didáctica convierten a estos escritos estéticos en el mejor exponente de su pensamiento filosófico de madurez.

La primera parte de este libro ofrece un análisis crítico a los escritos *malaspinianos* sobre *lo bello en la naturaleza*, intentando situarlos en el contexto de la estética, la filosofía y la antropología del período. Los cuatro capítulos que la componen abordan, respectivamente, el papel de la estética en la filosofía ilustrada (capítulo 1); su importancia crucial en el desarrollo de la antropología y en la emergencia de la idea de raza en el último cuarto del siglo XVIII (capítulo 2); el contexto y el contenido de la *Disputa sobre la belleza*, publicada en 1795 en el *Diario de Madrid*, en la que participó Malaspina al mismo tiempo que intentaba llevar a buen puerto la publicación de su viaje y preparaba en secreto el malogrado plan para derrocar al primer ministro Godoy (capítulo 3); por fin, el último capítulo propone un análisis de la obra más importante y personal que Malaspina escribió durante su encarcelamiento: su *Meditación filosófica*.

La segunda parte del libro contiene una edición crítica de los escritos de Malaspina sobre *lo bello en la naturaleza*, y reúne por primera vez los textos publicados por Malaspina y sus compañeros de expedición en la *Disputa sobre la belleza* con la *Meditación filosófica*, donde el italiano se propuso desarrollar con mayor profundidad las ideas que había defendido previamente en las páginas del *Diario de Madrid*. Además de una nueva edición ampliamente comentada

de la *Meditación filosófica*,¹⁹ se presenta aquí —compilado por primera vez desde su aparición por entregas en el *Diario de Madrid*— el conjunto de textos de la *Disputa sobre la belleza* que, junto con otros escritos de Ciriaco de Ceballos, Fabio Ala Ponzzone, Bambrila, Ravenet, Manuel Gil y Pedro Estala, contiene cuatro largas cartas de Alejandro Malaspina, ninguna de las cuales se conocía hasta ahora.²⁰

En conjunto, los escritos de Malaspina aquí reunidos arrojan nueva luz sobre ese periodo decisivo en la ciencia ilustrada española y en la vida del navegante italiano, aportando nuevos detalles sobre su biografía y acerca del proceso político que le condujo a prisión. Las reflexiones sobre *lo bello en la naturaleza* de Malaspina nos presentan una de las facetas más desconocidas e interesantes de este gran personaje de la Ilustración, protagonista y testigo excepcional de su tiempo: la del *filósofo* que —como había hecho Kant pocos años antes—²¹ medita sobre los vínculos entre la experiencia estética y el sentido trascendental del mundo natural. Pero, a su vez, estos textos nos presentan también al «náufrago político» que, confinado en la celda de una prisión-fortaleza en un islote del Atlántico, desengañado ya de casi todo, se esfuerza en poner por escrito —quizás como única tabla de salvación en los momentos más desesperados— sus ideas más personales sobre *el sentido último de la belleza en el mundo natural y en el ser humano*. En este sentido, Malaspina confesó haber escrito algunas de las reflexiones de su *Meditación* sin ya importarle nada más que el juicio de unos pocos amigos verdaderos, para quienes se esforzaba en exponer sus ideas. En ocasiones, su pensamiento parece

19. Hasta la fecha solo existía una edición bilingüe, publicada en Canadá. Cf. Black y Clemotte-Silvero (eds.) (2007).

20. Si mi análisis es correcto, debe descartarse la autoría malaspiniana del texto que Fernández y Manfredi (1998) atribuyeron erróneamente a Malaspina dentro de la *Disputa sobre la belleza*. Dicho texto fue escrito por Ciriaco de Ceballos. Para más detalles, véanse, más adelante, las notas al texto en la *Disputa sobre la belleza*, Cartas n.º 23.1 (10 de septiembre de 1795) y 23.2 (11 de septiembre de 1795).

21. La *Crítica del juicio* fue publicada por primera vez en 1790. Cf. Kant (2007).

haberle conducido a lúgubres cavilaciones sobre su incierto futuro personal, tiñendo algunas de sus páginas de elementos prerrománticos.²² Sin embargo, de forma general, el tono de estos escritos sobre lo bello es leve e inclusive, en ciertos pasajes —como en la *Disputa sobre la belleza*—, resulta francamente cómico. Malaspina se sentía mucho más atraído estéticamente por lo *bello* que por lo *sublime* (categorías dicotómicas de la estética ilustrada) y por ello, incluso a pesar de las duras condiciones de su condena en el islote de San Antón y del evidente pesimismo que se desprende de algunas de sus páginas, Malaspina decidió enmarcar las reflexiones de su *Meditación* en un escenario ficticio que recuerda a los jardines de Aranjuez y reproduce todas las características agradables del *locus amoenus* como tópico literario.

Antes de poner fin a esta introducción, se hace necesaria una breve digresión sobre algunas de las obras de otros autores que se ocuparon de Malaspina antes que yo, y que constituyeron de forma más directa la base sobre la cual pude desarrollar mi propia investigación. La bibliografía sobre Alejandro Malaspina es vastísima²³ y resultaría imposible extenderme aquí para reconocer la deuda contraída con cada uno de los trabajos sobre los que me he apoyado. Pero sería demasiado ingrato (e injusto) no dedicar en estas páginas un reconocimiento especial a algunos de los maestros y maestras cuyas obras tuvieron una influencia más decisiva en el presente libro. En este sentido, me gustaría comenzar por expresar mi admirado reconocimiento a la profesora María Dolores Higuerras Rodríguez, por su monumental trabajo de catalogación y

22. Por ejemplo, cuando escribió en su cuaderno: «Decía Sócrates poco antes de morir “Siendo útil con mi muerte a la patria, ¿qué me importa morir entre sus ejércitos o en sus prisiones? Ella es quien señala el puesto a cada ciudadano, el de Leónidas fue las Termópilas, el mío es esta cárcel”». Cf. *Meditación filosófica*, Nota Z, [p.d.C.] [124].

23. Tres décadas atrás, ya superaba con creces el millar de referencias, sin contar con los casi cuatro mil documentos sobre la Expedición Malaspina conservados en el Archivo del Museo Naval de Madrid. Cf. Sáiz (1992); Higuerras (1985-1994).

edición del viaje de Alejandro Malaspina,²⁴ sin el que no hubiera sido posible escribir muchas de las páginas que siguen. También debo expresar un reconocimiento especial al Dr. Andrés Galera Gómez, cuyos excelentes estudios sobre la dimensión naturalista de la expedición comandada por Malaspina²⁵ me sirvieron como brújula para orientar mis primeros pasos titubeantes en el gigantesco laberinto historiográfico que rodea al navegante ilustrado. Cuando comencé a investigar sobre Malaspina —corría el año 2010—,²⁶ los libros y artículos de Galera me ofrecieron un conocimiento sólido y bien documentado sobre el que apoyarme para entender mejor la faceta científica del viaje, situándolo en el contexto de las expediciones ilustradas y de algunos de los principales debates del naturalismo dieciochesco. Recuerdo que mientras leía uno de sus mejores estudios dedicados a Malaspina, *En busca del paso del Pacífico*²⁷ —centrado en la fallida busca, durante su expedición, de un canal que comunicara la costa noroeste del Pacífico con el Atlántico—, llegué a temer que, al igual que le sucedió a Malaspina, también yo fracasase en mi busca de espacios *inexplorados* dentro del vasto océano bibliográfico dedicado al navegante italiano. Sin embargo, esos temores iniciales se disiparon pronto, pues enseguida me deparé con nuevos trabajos que orientaron de forma decisiva el rumbo de mi investigación.

La física de la monarquía,²⁸ de Juan Pimentel Igea, fue una de aquellas obras cruciales. Recuerdo el profundo impacto que me causó cuando —haciendo incontables anotaciones en los márgenes del libro— leí el texto por primera vez prácticamente de un tirón, a lo largo de un vuelo de más de nueve horas entre Madrid y

24. Higuera (1985-1994); Higuera (coord.) (1987-1996).

25. Véase, por ejemplo, Galera (1988a, 1988b, 1990, 2010, 2016); Galera y Peralta (eds.) (2016).

26. Cuando me incorporé como investigador al proyecto Consolider Malaspina 2010, como miembro del equipo de historiadores de la ciencia que entonces coordinaba Galera.

27. Galera (1990).

28. Pimentel (1998).

Salvador de Bahía. En esta fascinante biografía intelectual del navegante ilustrado, Pimentel analizó —entre otros muchos aspectos— la trayectoria que, a lo largo de los años y hasta el fin de su viaje, llevó a Malaspina a mudar la orientación de su filosofía política y sus ideas coloniales, científicas y filosóficas desde la Ilustración a la Contrailustración. Las coordenadas intelectuales de Malaspina se trasladaron desde un modelo de pensamiento racional y mecanicista, de estirpe *newtoniana* —modelo que inspiró sus primeros escritos de juventud²⁹ y le hizo concebir sus *Axiomas políticos* sobre el gobierno de América a imagen de los *Principia* de Newton—,³⁰ hasta desembocar, en las etapas finales de su *viaje alrededor del mundo*, en una visión mucho más historicista y pesimista de la realidad colonial europea, en la que reverberaban las ideas cíclicas y *degeneracionistas* de Giambattista Vico.³¹ Un giro «a contracorriente» —siguiendo la fórmula de Isaiah Berlin—³² que, en síntesis, como demuestra Pimentel, desplazó el pensamiento de Malaspina «desde una nueva ciencia (la física newtoniana) a otra (la historia viquiana)»³³ como marco filosófico general de interpretación de la realidad. Más allá de «persuadir, entretener y conmover»,³⁴ la lectura de *La física de la monarquía* atrajo poderosamente mi interés como investigador al revelarme aquella faceta contrailustrada de Malaspina, hasta entonces desconocida para mí. En aquella fase inicial de mi investigación, en la que aún buscaba desesperadamente algún espacio no trillado en la biografía intelectual del italiano, el magnífico estudio de Pimentel —centrado en el periodo de su gran viaje

29. Cf. Malaspina (1771).

30. Cf. Lucena Guiraldo y Pimentel (1991).

31. Cf. Pimentel (1994, 1998). Para una discusión más amplia, véase la sección 7 del capítulo 4.

32. Cf. Berlin (2006).

33. Pardo Tomás (2000).

34. Objetivos declarados de su autor que, en mi caso, satisfizo con creces. Cf. Pimentel (1998: 34-36).

político-científico (1789-1794)—³⁵ me llevó a plantearme rastrear los ecos de aquel Malaspina contrailustrado tras su retorno a la capital de España.

Hoy, una década después de aquel vuelo a Brasil con *La física de la monarquía* en mi equipaje de mano, pienso que los escritos de Malaspina sobre *lo bello en la naturaleza* constituyen el mejor exponente del «giro a contracorriente» en el pensamiento del italiano con posteridad al retorno de su gran expedición alrededor de los confines del Imperio español. Tanto la ruptura de Malaspina con el ingenuo «newtonismo social»³⁶ que había profesado en su juventud como el progresivo desarrollo de una perspectiva historicista y viquiana sobre la realidad humana, opuesta a cualquier reduccionismo físico-mecanicista para explicar el funcionamiento de las sociedades, se manifiestan de forma especialmente clara en sus escritos estéticos. A la vez, su pensamiento se había vuelto también más conservador y pesimista. En ciertos aspectos, como afirma Pimentel, la mirada de Malaspina se había vuelto «más antigua que lo habitual, más deudora de viejas tradiciones que innovadora».³⁷ Los escritos sobre la belleza que produjo desde su celda en el islote de San Antón nos revelan a un Malaspina que, horrorizado por el sangriento transcurso de la Revolución francesa y sus profundas secuelas en Europa y América, clamaba contra los apóstoles filosóficos del progreso ilimitado de la sociedad. Influido de forma clara por la concepción de los ciclos históricos de su compatriota Giambattista Vico, Malaspina dirigió los mayores y más directos ataques de su *Meditación filosófica* contra los filósofos Godwin y Condorcet, defensores de la idea de un progreso continuo e ilimitado de la sociedad

35. La etapa posterior a la expedición está contemplada de forma breve en el epílogo del libro de Pimentel, pero no se dedica a ella el grueso de la investigación.

36. Pardo Tomás (2000) alude a los «newtonianos sociales» para referirse a aquellos pensadores ilustrados que, como el joven Malaspina, parecían haber tomado el modelo mecanicista de la física newtoniana como paradigma para explicar fenómenos sociales.

37. Cf. Pimentel (1998: 21).

a lo largo de la historia. Frente a ellos, Malaspina situaba su propia época en un marco de evidente *degeneración* histórica, y describió la Europa que observaba a su alrededor como un escenario de profunda corrupción moral, política y estética.

Decidido a seguir los rastros del Malaspina *contrailustrado* durante su estancia en la capital de España, y tras su arresto y posterior encarcelamiento en el islote coruñés de San Antón, comencé por estudiar en profundidad todo lo que había sido escrito sobre la vida y obra del navegante después de su retorno del *viaje alrededor del mundo*. Leí con avidez los clásicos trabajos de Soler, Beerman o Jiménez de la Espada³⁸ sobre el proceso del italiano en Madrid y me adentré en el estudio de las obras sobre el *Quijote* y la historia de las monedas españolas, que Malaspina había escrito durante su confinamiento en el islote gallego. Pude aproximarme a estos últimos trabajos gracias a los magníficos estudios a ellos dedicados por Blanca Sáiz y Dario Manfredi,³⁹ así como por la profesora canadiense Catherine Poupeney Hart.⁴⁰ Y, por supuesto, también me sumergí en el estudio de los apasionantes (y apasionados) trabajos biográficos de Manfredi sobre el periodo posterior al *viaje*.⁴¹

Fue Dario Manfredi, director del Centro di Studi Alessandro Malaspina de Mulazzo (Italia), quien por primera vez condujo mi atención a través de sus textos hacia los *escritos estéticos* de Malaspina. No puedo dejar de incluir aquí unas breves palabras de agradecimiento, admiración y homenaje a la memoria del gran biógrafo italiano de Malaspina, fallecido en el transcurso de mi investigación, y a quien este libro debe tanto. Poco antes de leer la *Meditación filosófica*, me había deparado con uno de sus incontables artículos

38. Cf. Soler (1990, 1995); Beerman (1992, 1995); Jiménez de la Espada (1881).

39. Cf. Malaspina (1990); Manfredi e Sáiz (2005); Manfredi (ed.) (2005).

40. Cf. Poupeney Hart (1995).

41. Manfredi (1983, 1986, 1987a, 1987b, 1994, 1999a, 199b, 2005); Manfredi e Sáiz (1995); Fernández y Manfredi (1998).

biográficos —escrito esta vez en coautoría con Belén Fernández— cuyo título atrajo mi atención como un poderoso imán. El artículo remitía a «*un ignorato scritto estetico*» de Malaspina. Se trataba de una carta que, según afirmaban Fernández y Manfredi, había sido publicada por Malaspina bajo seudónimo en el *Diario de Madrid*, poco antes de su detención en 1795. Como no existía ninguna otra referencia a ese misterioso texto en el seno de una oscura disputa literaria en la prensa madrileña, me dispuse a indagar a fondo en el asunto, intuyendo que aquella busca podría dar buenos frutos. Aunque a la postre acabé descubriendo que la atribución a Malaspina del *ignorado escrito estetico* al que aludía el artículo estaba equivocada,⁴² aquel trabajo —apenas citado— de Fernández y Manfredi acabó convirtiéndose en la fuente más determinante para el desarrollo posterior de este libro. No solo me condujo al estudio de la *Meditación filosófica*, un texto del que poco se hablaba entre los *malaspinistas* y que hasta entonces no había despertado mi interés, pero en el que, según aseguraban Manfredi y Fernández, podría encontrar «las mayores y más preciosas informaciones sobre la cultura de Malaspina y sobre sus posiciones filosóficas, éticas y estéticas».⁴³ Más aún, aquel artículo de Fernández y Manfredi me puso también tras la pista de la *Disputa sobre la belleza*, la otra gran pieza del puzzle de la presente investigación.

Fernández y Manfredi habían atribuido a Malaspina y Manuel Gil sendos textos publicados bajo seudónimo en el *Diario de Madrid*, en el seno de una olvidada disputa literaria sobre la belleza, que incluía muchos otros escritos de diferentes autores. Más tarde, mi investigación me llevaría a concluir que la carta atribuida

42. En realidad —si mi análisis es correcto— se trata de una réplica de Ciriaco de Ceballos a otros textos de Malaspina que habían aparecido previamente en el *Diario de Madrid*. Para mayores detalles, véanse, más adelante, las notas al texto en la *Disputa sobre la belleza*, Cartas n.º 23.1 (10 de septiembre de 1795) y 23.2 (11 de septiembre de 1795).

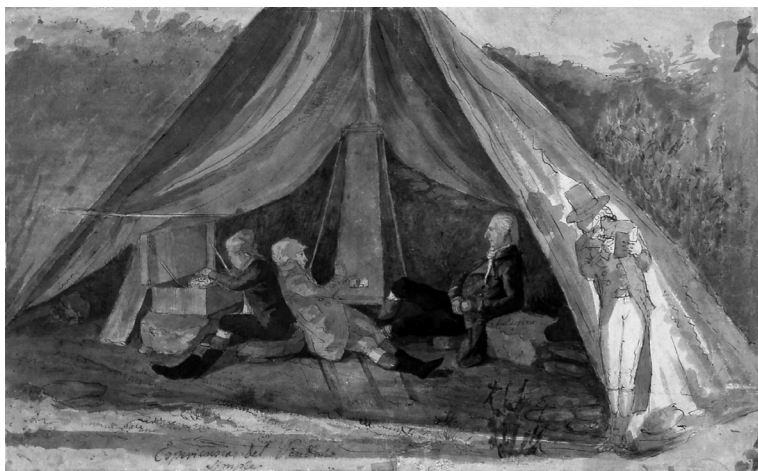
43. Fernández y Manfredi (1998: 6).

a Malaspina por Fernández y Manfredi en aquella polémica no era, en realidad, obra del marino italiano, pero en aquel momento di por cierta aquella atribución.⁴⁴ Para mi sorpresa, cuando me dispuse a estudiar el resto de las cartas de la disputa, publicadas a lo largo de 1795, enseguida encontré numerosas —y, a veces, muy específicas— referencias al reciente viaje de Malaspina en los textos de otros participantes. Varios de los contendientes mencionaban algunos de los pueblos contactados durante la expedición, hablaban de diferentes regiones visitadas, como Vavao o Mulgrave, e inclusive empleaban algunos términos empleados por los nativos de aquellas regiones, o referían los nombres propios de los caciques locales con los que habían negociado los expedicionarios. Entendí que, con toda probabilidad, en aquella disputa literaria habían participado otros miembros de la expedición, además del propio Malaspina. Pero en aquel momento no podía saber quién o quiénes habían tomado parte en la polémica. Todas las cartas de la *Disputa sobre la belleza*, sin excepción, habían sido firmadas con seudónimos, lo que complicaba sobremanera su identificación. Aun así, sospechando que el propio Malaspina pudiera haber publicado otros textos en el *Diario de Madrid* aparte del que (erróneamente) le atribuían Manfredi y Fernández, me dispuse a cotejar exhaustivamente cada una de aquellas cartas con el texto de la *Meditación filosófica*. Al hacerlo, encontré un número sorprendente de coincidencias muy específicas entre esta obra de Malaspina y varias cartas de la *Disputa*. Al concluir mi análisis, conseguí identificar con total confianza cuatro textos de Malaspina sobre los que no se tenía noticia: utilizando diferentes seudónimos en cada una de las cartas, el italiano los había publicado a lo largo

44. Viniendo de Manfredi —principal biógrafo de Malaspina—, la atribución me pareció incuestionable en un principio. Sin embargo, el cotejo del texto con el resto de las cartas de la *Disputa sobre la belleza* permite atribuir su autoría con confianza a Ciriaco de Ceballos. Para más detalles, remito a las notas al texto en la *Disputa sobre la belleza*, Cartas n.º 23.1 (10 de septiembre de 1795) y 23.2 (11 de septiembre de 1795).

de 1795 en el *Diario de Madrid*, durante su estancia en la capital de España.

Con bastante posterioridad, mientras le daba vueltas por enésima vez a los textos y a los seudónimos empleados en el resto de las cartas, en busca de nuevas claves que me permitiesen identificar los demás participantes en la *Disputa*, me percaté de que el nombre de dos de los principales oponentes de Malaspina en la polémica —D. Isidro Calle Boceca y D. Cesáreo Cid Cabillo— eran, en realidad, anagramas perfectos de Ciriaco de Ceballos, uno de los oficiales más brillantes que participaron junto con Malaspina en el *viaje alrededor del mundo*. ¡Eureka! A partir de entonces, de forma paulatina, se fueron revelando el resto de las claves que me permitieron descifrar la verdadera autoría escondida tras cada uno de los seudónimos utilizados por los contendientes.



«... acordémonos después del centro de gravedad de la Tierra, que varía sensiblemente a cada cantidad de plata que se transfiere a Europa del Cerro de Potosí o las minas de Nueva España...». Malaspina, *Meditación filosófica*. Imagen: *Experiencias de la gravedad*. Juan Ravenet (reproducido con permiso del Museo Naval de Madrid).

Entre los participantes en aquella polémica literaria no solo se encontraban Gil y Ceballos, sino también muchas de las personas que acompañaron más de cerca a Malaspina en Madrid durante los meses previos a su detención.⁴⁵

Como ya he mencionado, no me hubiera sido posible «desenmascarar» a Malaspina, oculto tras diferentes seudónimos en cada una de las cartas que publicó en el *Diario de Madrid*, sin estudiar en profundidad la *Meditación filosófica sobre lo bello*. Accedí por primera vez al texto, siguiendo las indicaciones de Manfredi y Fernández, gracias a la pionera edición bilingüe preparada por los profesores John Black y Oscar Clemotte-Silvero, del Malaspina Research Centre de la Universidad de Vancouver (Canadá).⁴⁶ Recuerdo que, mientras leía por primera vez la *Meditación filosófica*, me preguntaba cómo era posible —a pesar de la clara advertencia sobre la importancia de aquel texto dada por Manfredi y Fernández en su artículo de 1998— que este librito de Malaspina no hubiera despertado desde entonces un mayor interés entre los estudiosos de la obra del italiano. Las ideas expuestas por Malaspina en aquella obra resultaban de una relevancia fundamental para entender su pensamiento en la etapa posterior a su gran expedición científica. No solo en cuanto aquel texto era la muestra más clara del «giro contrailustrado» que tan bien había analizado Juan Pimentel. Aquel librito, bellamente editado por Black y Clemotte-Silvero, revelaba también a un desconocido *filósofo* que, en la recta final del Siglo de las Luces —tal y como había hecho Kant algunos años antes—,⁴⁷ trató de vincular la experiencia estética con la dimensión teleológica y trascendental del

45. Véase, en este volumen, el sumario de las cartas de la *Disputa sobre la belleza*.

46. Respectivamente, director e investigador del Alexandro Malaspinas's Research Center, Vancouver Island University: <https://web.viu.ca/black/amrc/index.htm?home.htm&2> [Consulta: 9 de febrero de 2021]. Cf. Black y Clemotte-Silvero (eds.) (2007). En su edición, estos autores se basaron en la transcripción original del manuscrito realizada por Cristina Casanova. Cf. Casanova (1990).

47. Cf. Kant (2007 [1790]). La influencia kantiana ya había sido señalada por Black (2011).

mundo orgánico, denunciando las limitaciones del mecanicismo newtoniano para explicar el funcionamiento de la naturaleza. Además, traspasando por completo las fronteras disciplinares de la estética, Malaspina ofrecía en aquel libro una confesión personal de sus principales ideas en relación con algunos de los grandes debates intelectuales que atravesaron la última década del siglo XVIII, dibujando una imagen trascendental de la naturaleza que —aunque desde una perspectiva y con un estilo completamente diferentes a las de la tradición filosófica alemana—⁴⁸ se aproximaba en ciertos aspectos a la de los *Naturphilosophen*. Por si fuera poco, aquel texto también revelaba, mucho mejor que ningún otro escrito del italiano, los ejes fundamentales del pensamiento antropológico y religioso del Malaspina maduro. A pesar de todo lo anterior, la *Meditación filosófica* no había sido objeto de un estudio en detalle más allá de los breves trabajos introductorios que le había dedicado el profesor John Black.⁴⁹ Este hecho y las sorprendentes revelaciones que se iban desprendiendo de mi investigación a medida que cotejaba el texto de la *Meditación filosófica* con la *Disputa sobre la belleza* me convencieron de la importancia de preparar una edición crítica que uniese en un mismo volumen todos los escritos del italiano sobre *lo bello en la naturaleza*. Y fue así como, en resumen, surgió la idea de este libro.

Para concluir con esta ya larga introducción, en las páginas que siguen podremos descubrir a un Malaspina en buena parte inédito: veremos desfilar al militar que bromea con sus oficiales sobre el tamaño respectivo de sus *corbatines*; al marino que confiesa

48. El historiador de la ciencia Timothy Lenoir (1981) identificó en la tradición alemana «un programa de investigación al que denomina teleomecanicismo o materialismo vitalista. Este programa tuvo su origen en las formulaciones kantianas acerca del estudio de los organismos y [...] se identificaba por su capacidad para limitar el alcance de la explicación mecanicista, dando lugar a la especificidad de los fenómenos vivos, pero sin verse obligado por ello a exceder los límites de la razón pura». Galfione (2014: 39-40). Sobre la estética alemana del Siglo de las Luces, véase Guyer (2012).

49. Cf. Black (2011, 2016).

veladamente sus preferencias *homoeróticas* y su fascinación por el torero español Pedro Romero; al culto *petimetre* que escribe poemas en versos sáficos y discurre sobre las reformas contemporáneas en el teatro, sobre la pintura de Mengs o la música de Haydn, a la vez que analiza las teorías de Newton, Buffon y Saint-Pierre sobre la forma del planeta Tierra; podremos toparnos también con el erudito polímata que defiende la preeminencia de los antiguos sobre los modernos en ciencias y en letras, ataca la idea de la perfectibilidad y el progreso constante de las sociedades, denuncia las limitaciones de la razón y de las ciencias y postula, en términos naturalistas, la superioridad estética de los europeos sobre el resto de pueblos; descubriremos al humanista en la frontera entre la Ilustración y el Romanticismo que, a la vez que denuncia la degeneración de Europa y pergeña el plan de un golpe palaciego, interpreta el fin del Antiguo Régimen como el advenir de una *nueva era* para la humanidad; por último, encontraremos al filósofo deísta que —aún a riesgo de resultar, una vez más, herético ante la temible Inquisición española—⁵⁰ sitúa el estudio del mundo natural por encima del dogma y reflexiona sobre el sentido trascendental de la naturaleza y su admirable belleza.

50. Malaspina ya tenía abierto un expediente por sospechas de «herejía vehementísima» por parte del Santo Oficio. Véase capítulo 4, [N.d.E.] 23. Cf. Emilio Soler Pascual (1990: 101-106). Véase también Manfredi (1987d).